

## MADRID

## Restaurado el primer gran órgano romántico

R. FRAGUAS, Madrid

El órgano romántico de la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en la madrileña calle de Manuel Silveira, considerado entre los mejores de los 132 con los que la Comunidad de Madrid cuenta, culmina este verano su restauración y readaptación musical, iniciada en 2005. Ha permanecido en funcionamiento, para conciertos y liturgia, desde 1902.

Fruto de una donación del barón de Montevillena, fue construido en París por la firma J. Merklin. Costó en su día 46.000 pesetas. Fue el primer órgano en Madrid capaz de interpretar la música del Romanticismo. Sólo compete con él en entidad el órgano Cavallé-Coll instalado en 1884 en el coro de San Francisco el Grande.

Tiene tres teclados reconstruidos, grande, positivo —éste llevado ahora a la clave de la balconada del coro— y recitativo, así como un *pedalier*, de gran versatilidad y cromaticidad musicales y más de 2.000 tubos sonoros —desmontados uno por uno— en estaño de pureza media superior al 70%, y el resto, de madera de roble de Borgoña.

Consta de una fachada monumental neogótica, con una selva tramada de pináculos, lóbulos y arcos apuntados.

Su restauración ha sido encomendada al equipo del organero Santiago Orta por la Dirección General de Patrimonio de la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, asesorada por Pilar Merino y Felipe López. El presupuesto es de 260.000 euros.

# Pagar en pesetas a precio de euros

Una papelería del barrio de las Letras acepta compras en la antigua moneda

ÁLVARO H. RIVERO  
Madrid

“¿Pagará en pesetas o en euros?”. “En pesetas, por favor”. Este diálogo se escuchó, sobre todo al principio, en las tiendas españolas durante los dos primeros meses de 2002, periodo en el que circularon las dos monedas. Ahora se puede oír de nuevo, desde abril, en una papelería-librería del barrio de las Letras. En realidad, su propietario ya había probado esta fórmula durante dos meses de 2003. Este año retomó la iniciativa y la ha prorrogado indefinidamente.

La peseta dejó de tener curso legal el 1 de marzo de 2002. Desde el 1 de julio de ese año, sólo se puede cambiar por euros en el Banco de España, sin límite de tiempo. La entidad acepta todos los billetes y las monedas de la ya extinta *pela*. En 2007 se entregaron 5.158 millones de pesetas (31 millones de euros), pero aún quedan 300.000 millones de pesetas en los bolsillos de los españoles (1.780 millones de euros), según la entidad. “La gente sigue sacando pesetas hasta debajo de las piedras”, exclama un empleado encargado del cambio en el Banco de España.

La antigua moneda aparece en los lugares más inverosímiles. En bolsillos de ropa pasada de moda que se acumula en el fondo de un armario, en el interior de un libro o en el forro de un colchón de una casa abandonada. Fernando Losada, dueño de la papelería situada en el número 3 de la calle de Alameda, se dio cuenta de esto y decidió darle una segunda oportunidad a la extinta moneda. También podía ser una manera de aumentar la clientela.

En 2003 aceptó el pago en su tienda con pesetas, porque “la gente todavía tenía en casa, no



Fernando Losada, en su papelería del barrio de las Letras donde aún acepta pesetas. / A. H. R.

## La ‘operación cambio’, que empezó en abril, se prorroga indefinidamente

las había cambiado. No fue por nostalgia, fue más bien una campaña publicitaria”, cuenta. Las ventas aumentaron, dice, aunque no demasiado. Este año decidió repetir, “por la crisis, así se puede tirar de retales”, añade.

La maquinita que convierte a euros resulta imprescindible en el mostrador. Los compradores entregan pesetas y se llevan bolígrafos, libros o cuadernos, y la papelería les da la vuelta en eu-

ros, pero Losada ha puesto la condición de que tienen que ser menos que tres. Así que si uno compra, por ejemplo, un libro de 20 euros con un billete de 5.000 pesetas, tiene dos opciones. O compra otra cosa por valor de 10 euros, o pierde siete euros en el cambio. Doble negocio. Después, el comerciante lleva lo recaudado al Banco de España.

Esta peculiar *operación cambio* comenzó en abril y tenía previsto terminar en mayo, pero la buena acogida que ha tenido hizo que se ampliase el plazo. Los paseantes quedan perplejos al ver el cartel del escaparate que reza “aceptamos el pago en pesetas”. “Les hace gracia, hay quien piensa que lo cogemos para co-

leccionar”, relata Fernando. Y en efecto, conserva verdaderas joyas de colección que le han entregado a cambio de una caja de rotuladores, como un billete verde de 1.000 pesetas impreso por una sola cara. Una señora que acudió con 25 monedas de una peseta se llevó el artículo más barato, un sacapuntas. Con la antigua moneda adquieren, sobre todo, libros. “De los 50 ejemplares que hemos vendido del último libro de Ruiz Zafón, 40 los han pagado en pesetas”, cuenta el dueño. En agosto, Losada cierra por vacaciones. Ayer, aseguraba que aprovechando la vuelta al cole, en septiembre retoma el pago con las pesetas que, paradójicamente, le están ayudando a pasar la crisis.

## Evite Lavapiés

MONCHO  
ALPUENTE



“Los delitos callejeros contra turistas ocurren en las principales áreas turísticas”. Esta sentencia extraída del diccionario filológico de Perogrullo figura en la página *web* con la que el Gobierno de los Estados Unidos advierte a sus nacionales que han decidido visitar Madrid. Más sencilla y contundente resulta la recomendación de la *web* de la Embajada alemana: “Cuidado con los carteristas”. En un reportaje titulado *Mejor, evite Lavapiés*, publicado en estas páginas, Elena Sevillano recogía una variada muestra de advertencias y consejos para turistas. Los más explícitos, como el del titular, corrían a cuenta de algunos empleados de los puntos de información turística del Ayuntamiento de la capital.

Lavapiés y las calles cercanas a la Gran Vía son señalados con puntos negros en los mapas que los turistas pliegan y despliegan en sus andanzas callejeras, avisando a los posibles interesados en las propiedades ajenas de su condición de incautos viajeros. También ayudan las cámaras fo-

tográficas y el quedarse pasmados ante la contemplación de esos monumentos que los nativos de la urbe han visto mil veces, aunque no los hayan mirado nunca. Hasta hace poco, a los turistas también se les reconocía por sus coloristas atuendos y el uso de pantalones cortos, gorritas y chancas, pero la globalización, la franquiciación y la subida de temperaturas debida al cambio climático y a los aparatos de aire acondicionado han homogeneizado los hábitos vestimentarios, y en la canícula, las calles del centro de la capital aparecen invadidas por legiones de individuos pertrechados para ir a una playa inexistente.

Por lo visto y leído, los informadores de los puntos de información turística se contradicen con frecuencia. Mientras unos señalan como zona tomada por la delincuencia la plaza de la Luna, en la trasera de la Gran Vía, otros afirman categóricamente que el centro es seguro y sólo hay que evitar la periferia. Tal vez sea una táctica para descongestionar las vías turísticas diversificando el flujo de turistas, o tal vez, y esto es lo más probable, que los madrileños nunca nos ponemos de acuerdo en estos temas porque nunca ejercimos de turistas en la ciudad y sólo hablamos de oídas o de leídas.

En cuanto al rotundo aviso de la Embajada alemana —“cuidado con los carteristas”—, puede ser un modelo de concisión, pero no de precisión.

Los carteristas finos, los carteristas fétn, han ido desapareciendo de las calles del centro a causa de la creciente inseguridad ciudadana. Un viejo profesional del gremio, maestro de prestidigitadores, se quejaba en una taberna de Malasaña hace unos años tras haber sido atracado, a las bravas y en pleno día, cuando iba a efectuar su ronda laboral en la Gran Vía. “Estuve a punto de llamar a un guardia”, exclamaba indignado, y terminaba su perorata anunciando su próxima retirada de un oficio que ya no era lo que había

## Los carteristas finos han ido desapareciendo del centro a causa de la creciente inseguridad

sido. Era el de aquellos carteristas un mundo pacífico y elegante. Los turistas extranjeros o nacionales eran personas de orden que vestían traje y corbata, y llevaban la cartera siempre rebosante de billetes y siempre en el bolsillo interior izquierdo de la americana. Los carteristas competían en elegancia con sus clientes para poder acercarse a ellos sin llamar la atención, a veces se hacían pasar por guías espontáneos y casuales, y otras

llegaban a encaminar los pasos de sus víctimas hasta la comisaría más próxima, entre exclamaciones como “no sé dónde iremos a parar” o “estas cosas antes no pasaban”.

Hoy, otros predadores urbanos más agresivos han tomado el relevo. Hoy, las cosas se hacen más a lo bestia, por el procedimiento del alunizaje o a mazazos, sin arte, sin gracia y sin modales. Hoy se roba al descuido y al tirón, y los pies son más importantes que las manos para hacerse una buena carrera. No han desaparecido los carteristas de los transportes públicos y de las grandes aglomeraciones, pero sus habilidades artesanales, en la mayoría de los casos, no están a la altura de las de sus antecesores. Ahora suelen trabajar en grupo y utilizar trucos y trampas en comandita. El carterista fino trabajaba en solitario y a cara descubierta; tan sólo contaba con un subalterno al que le entregaba el botín nada más incautarlo, siempre dispuesto a decir aquello de “a mí que me registren”.

Que hablen de mí aunque sea bien. A los barrios de Lavapiés y Malasaña, y en horas preferentemente nocturnas, seguirán afluyendo los turistas digan lo que digan las guías y los guías, o precisamente por lo que les digan. Un informador turístico aclaraba lo de Lavapiés a un turista: “Es un barrio multicultural, ¿sabe? Y a veces se producen peleas”. Vaya lo uno por lo otro.